

# Paco Urondo Sabía Reír; Supo Morir

Por Efraín HUERTA

Por alguna razón, Paco Urondo siempre olvidaba la llave de su habitación, adentro de la habitación. El hecho era celebrado con las más sonoras carcajadas del propio Paco, y con las burlas no exentas de severidad de David Viñas, Noé Jitrik, y Carlos del Peral, sus compatriotas.

Eran los primeros días de enero de 1969, y formábamos una brigada de veinticinco escritores, veinticuatro de ellos de reconocida categoría. Integrábamos el jurado del concurso anual de Casa de las Américas, y para la novela estaban el venezolano Salvador Garmendia, Jitrik, el uruguayo Angel Rama, Viñas y el cubano Alejo Carpentier; para el cuento, el colombiano Oscar Collazos, el chileno Carlos Droguett, la inglesa Jean Franco, el cubano Onelio Jorge Cardoso y el siempre sonriente Francisco Reinaldo Urondo, nacido en Santa Fe, Argentina, en 1931; en la rama de ensayo, recuerdo a los uruguayos Carlos María Gutiérrez y Sergio Benvenuto, al paraguayo Rubén Bareiro, al alemán Hans Magnus Enzensberger y al cubano Oscar Pino Santos.

Los cinco de teatro eran la chilena Isidora Aguirre (*La pérgola de las flores*), el uruguayo José (Pepe) Estruch; el italoecuatoriano Fabio Paccioni, Carlos del Peral y la cubana Carucha Camejo; para poesía, éramos el peruano Antonio Cisneros, el haitiano René Depestre, el español de Cataluña José Agustín Goytisolo, el cubano Roberto Fernández Retamar y yo.

## LA RISA DE PACO

Cuando no eran carcajadas, era sola-



LA HABANA, Enero de 1969.- Al frente, de izquierda a derecha, el pintor cubano Mariano, David Viñas y su compañera, Beba; el colombiano Oscar Collazos y Francisco (Paco) Urondo.

mente su rostro de vibrante alegría. "¿Pero che, cómo fui a /vidar la llave otra vez?". Y venían las risas y los regaños por el ancho pasillo del Hotel Nacional. Después, en el comedor, me daba la impresión de estar adormilado. Nada. Era simple malicia de poeta. Días más tarde, mientras un grupo de esforzados lavaba la piscina del Hotel Colony, en Isla de Pinos, Paco y yo recordamos haber asistido al Congreso Cultural de La Habana, pero entre aquella multitud que abarrotó el Habana Libre, yo sólo recordaba, por su fama y su estatura de casi dos metros, a un argentino: a Julio Cortázar. Fue entonces, diciembre y enero de 1968, que conocí a Roque Dalton, poeta, ensayista y militante político salvadoreño, asesinado en su propia patria por un grupúsculoseudorrevolucionario. Lo recuerdo, porque Roque Dalton también sabía reír y porque en enero de 1969, obtuvo el premio de Poesía por su libro *Taberna y otros lugares*.

A Roque Dalton lo drogaron para matarlo, Francisco Urondo murió despierto, bien despierto, tal vez muy serio por vez primera en su vida, a un paso de su muerte de auténtico combatiente en la entraña patria. Y uno se explica su rostro de alegría y su risa y sus descuidos: era una constante de su vitalidad, de un principio de entrega que tuvo que culminar así, brava y fieramente. Si Julio Cortázar dijo un día "Mi ametralladora es la literatura" (el ejemplo mayor es el *Libro de Manuel*), Paco Urondo fue un poco más allá, hasta los exactos límites del nombre de uno de sus poemas fechados en la Cárcel de Villa Devoto, en abril de 1973: "La verdad es la única realidad", o sea, yo creo en la literatura como una verdadera ametralladora, pero en estos

momentos me toca una ametralladora y con ella en mis brazos quiero escribir un último poema, aunque ellos, soldados y policías, no sepan leer.

El poema que ya no cupo en *Todos los poemas* (1973), donde recogió la totalidad de su poesía publicada y dos libros inéditos. Su soberbio y brutal poema del lunes 28 de junio de 1976, cuando cae herido de muerte al enfrentarse, bandera de montonero sobre el pecho, al ejército y a la policía.

Después de todo, si creo que murió con su sonrisa en los labios. Digo "su" sonrisa, no una sonrisa cualquiera, sino la que solamente Francisco Urondo sabía lucir, ostentar, ennoblecer.

## OSAR MORIR...

En una de sus Reflexiones (era cuando yo lo suponía adormilado), Paco escribió:

"Osar morir da vida", me recordaba Lezama Lima que alguna vez dijo José Martí. Cuando se considera a la vida una propiedad privada, sólo el heroísmo, con su carga de posteridad o, en el mejor de los casos, de búsqueda de inmortalidad, permite la osadía de ponerla en riesgo. Pero el sentido de la osadía que propone Martí no es individualista, sino que responde a una concepción ideológicamente más generosa. Porque la vida no es una propiedad privada, sino el producto del esfuerzo de muchos. Así, la muerte es algo que uno no solamente no define, que no sólo no define el enemigo ni el azar, que tampoco puede ponerse en juego por una determinación privada, ya que no se tiene derecho sobre ella: es el pueblo, una vez más, quien determina la suerte de la vida y de la muerte de sus hijos. Y la osadía de morir, de dar y, consecuentemente, ganar esa vida, es un derecho que debe obtenerse inexcusablemente.

No es posible, por más que se quisiera, agregar nada a esta bellísima reflexión del poeta Francisco Urondo, hermosamente apoyada en solamente cuatro palabras de un hombre que supo que era el pueblo, y nadie más que el pueblo, quien determinaba "la suerte de la vida y de la muerte de sus hijos". José Martí murió dando la batalla al enemigo. Se atrevió a morir, para estar más vivo entre nosotros.

En la ciudad de Mendoza, Argentina, el dirigente de la organización guerrillera Montoneros, el poeta Francisco Urondo, "cayó tras un combate contra fuerzas militares y policiales...".

Ni una palabra más, pero sí muchos poemas y las justas reflexiones ante una muerte vitalísima como la carcajada de un poeta que hizo de su vida un poema de guerra y esperanza.

# Dos Poemas de Francisco Urondo

## Por Soledades

Un hombre es perseguido, una familia entera, una organización, un pueblo. La responsable de esta situación no es la codicia, sino un comerciante con sus precios, con la imposición de las reglas del juego. Los empresarios, la policía con la imposición de las reglas del juego. Por eso ese hombre, ese pueblo, esa familia, esa organización, se siente perseguido. Es más, comienzan a perseguirse entre ellos, a delatarse, a difamarse, y juntos, a su vez, se lanzan a perseguir quimeras, a olvidarse de las legítimas, de las costosas pero realizables aspiraciones; marginan la penosa esperanza. Entonces toda la familia, todo el pueblo, entra en el nivel más alto de la persecución: la paranoia, esa refinada búsqueda de los perseguidos históricos y culturales. Y ésta es la triste historia de los pueblos derrotados, de las familias envilecidas, de las organizaciones inútiles, de los hombres solitarios, la llama que se consume sin el viento, los aires que soplan sin amor, los amores que se marchitan sobre la memoria del amor o sus fatuas presunciones.

## Cartel

¿Soy el Poeta de la Revolución acaso, como dice por ahí —bromeando— un compañero de cárcel? No. El poeta de la Revolución es el Pueblo; pero el pueblo concreto, de persona a persona; el Viejo Ponce que ayer cumplió años y casi la revienta el corazón de alegría cuando le cantaron la Marchita Revolucionaria del Pueblo. La cantaron como si fuera del Happy Birthday, y se fumó un habano legítimo, regalado por Fidel al Chicho, y por éste a un amigo, y del amigo a mí y de mí al Viejo Ponce, por la Gracia Divina. Ponce, el viejo gladiador peronista, es el Poeta de la Revolución.

5 de Julio - 1976  
E L D I A

15